



Núm. 37. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Octubre 1872. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXII.

EDICION DE LUJO
48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones y dibujos, y además 48 figurines iluminados.

Un mes. 12 rs.	Tres meses. 36 rs.
Tres meses. 32	Seis meses. 74
Seis meses. 62	Un año. 144
Un año. 420	

En las islas de Cuba y Puerto-Rico un año 10 ps.—En Filipinas y el Continente de América 15 ps.

DIRECTORA, ÁNGELA GRASSI.

REDACCION Y ADMINISTRACION
Plaza de Prim. núm. 2 — Madrid
Los pedidos de suscripciones pueden hacerse a la misma Administracion en libranzas de giro mútuo, letras de fácil cobro o sellos de Correos en carta certificada, pues la Admon. no responde de los extravíos.

EDICION ECONOMICA

48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones, y 12 figurines iluminados.

Un mes. 8 rs.	Tres meses. 24 rs.
Tres meses. 20	Seis meses. 46
Seis meses. 38	Un año. 84
Un año. 72	

PUNTOS DE SUSCRICION. — Madrid: Administracion, Plaza de Prim, 2; Hijos de Pelegrini, Caballero de Gracia, 8; librería de Cuesta, Carretas, 9; Bailly-Bailliere, Plaza de Topete; La Publicidad, Pasaje de Matheu; L. Lopez, Cármen, 20; Durán, Carrera de San Jerónimo, 8; Sanchez Rubio, Carretas, 31; Gujardo, Preciados, 7; Moya y Plaza, Carretas, 8; Gaspar y Roig, Izquierdo, 4; San Martin, P. del Sol; y Administracion de EL CASCABEL, Plazuela de Mitate, 2. — **PROVINCIAS.** En Barcelona, en la Administracion del Correo de la Moda, calle del Cármen, 21, 4.º; en Valencia, en casa de D. José Orga, y en los demás puntos en las principales librerías y Administraciones de Correos. — En París Mr. François Ehardt, 55, rue Vivienne, près le Boulevard, y C. A. Saavedra, 53, rue Taubout.

SUMARIO.

Meyerbeer, por la Condesa de Araceli.—A mi adorada hermana Rosario, por María de la Concepcion Gimeno.—Ida, por Josefa Estevez de G. del Canto.—La gratitud, poesia, por el Dr. Lopez de la Vega.—Un recuerdo, poesia, por E. Gonzalez del Valle.—El Lujo, por Angela Grassi.—Méjico: Plaza mayor de Guanajuato, por N.—El antifaz de terciopelo, por E. de Mendoza y Feijó.—Revista de Madrid, por Sofia Tartilan.—Explicacion del figurin.—VARIEDADES.—Charadas.

GRABADOS.—Meyerbeer.—Méjico: Plaza mayor de Guanajuato.—Las ferias de Madrid.—Consecuencias de las ferias.

MEYERBEER.

Próspera fué la estrella que presidió al nacimiento de este ilustre compositor músico, y bien puede decirse que las hadas benéficas derramaron sobre su cuna todos sus tesoros. En su larga carrera musical sólo recogió por todas partes plácemes y laureles, y quizás ha sido el único artista para quien las rosas que germinaban bajos sus pies careciesen de espinas, para quien la gloria no cambiase nunca en sombría su faz deslumbradora.

Empezó su buena estrella desde niño, pues un íntimo amigo de su familia, llamado Meyer, le dejó en su testamento una cuantiosa fortuna, con la condicion de que antepusiese á su apellido Beer el de Meyer, y así vino á llamarse Meyerbeer. Bien es verdad que esta fortuna la debió á su privilegiado talento, pues desde la edad de cuatro años, dió muestras prodigiosas de lo que debía ser algun dia.

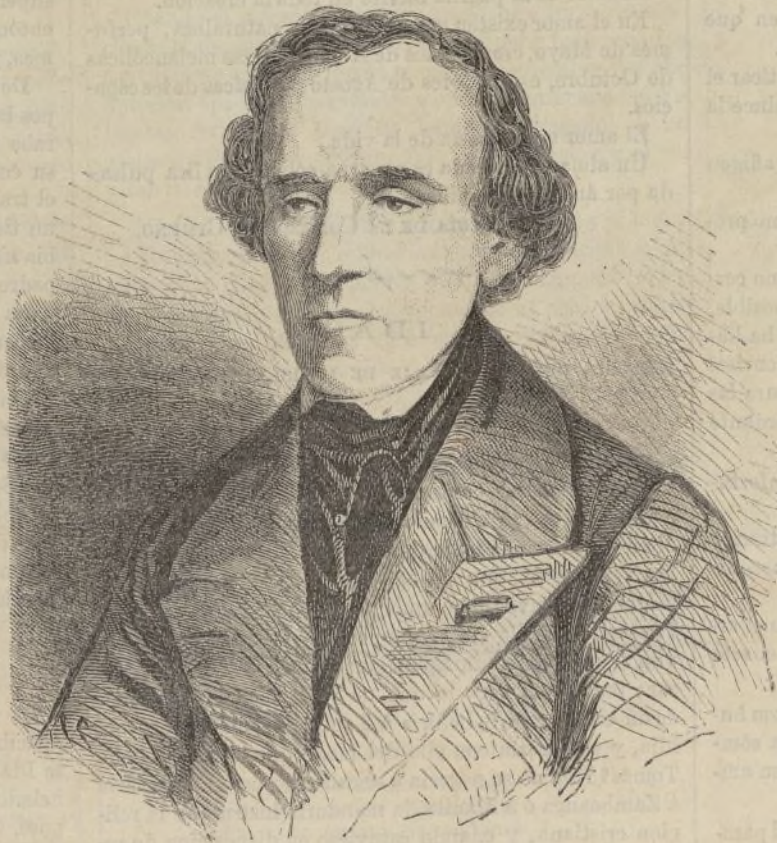
Nació el célebre compositor en Berlin, el 5 de Setiembre de 1794, y ya en 1800, esto es, á la edad de seis años, tocó el piano en público, alcanzando un éxito extraordinario. A los doce escribía trozos de música para canto y piano, que eran la admiracion de cuantos le rodeaban. Pensaron entonces sus padres seriamente en cultivar tan felices disposiciones, y le dieron por maestro de composicion á Anselmo Weber, al cual sucedió el célebre abate Vogler, que tenia fama de ser el músico más profundo de Alemania.

A los diez y ocho años dió Meyerbeer al teatro de Munich su primera obra *La hija de Jefe*, que gustó sobremedera, y desde entonces su vida artística fué una série no interrumpida de triunfos. Pasó á Italia, en donde escribió muchas obras representadas con aplauso; pero la que puso el sello á su reputacion artística y le dió fama europea, fué su *Roberto el Diabolo*, representado en el teatro de la Grande Opera de Paris en 1830.

A ésta siguieron *Los Hugonotes*, *El Profeta*, *L'Etoile du Nord*, del género cómico *Le Pardon de Ploërmel*, obra originalísima y llena de embriagadoras armonías, y por último, *La Africana*, que ha alcanzado un éxito inmenso en las primeras escenas del mundo.

Esta obra puede decirse que fué su último adios al arte y aun á la vida, pues representándose en Paris en 1862, el 2 de Mayo de 1864, después de una brevisima enfermedad, rindió el postrer aliento, cubriendo de luto á la escena lírica, en la que habia desempeñado un papel tan importante, y dejando tras de sí un nombre inmortal y bendecido por cuantos rindan culto al divino arte.

LA CONDESA DE ARACELI.



MEYERBEER.

A MI ADORADA HERMANA ROSARIO.

¡Hermana mia! Mañana es un dia solemne para tí; al brillar la nueva aurora, quince primaveras te ofrecerán dulces perfumes y flores mil, que, al formar preciosa guirnalda, coronarán tu frente, entrelazándose con los dorados bucles de tu cabellera.

Mañana te prestará todas sus galas la naturaleza, complaciéndose en ornar tu alabastrino cuello con el rico collar de quince perlas, y te contemplará extasiada, recreándose en tu sin par belleza. Porque tú eres hermosa, niña mia: jamás has visto reflejada tu celestial figura en el es-

pejo; y como no puedes tener aproximada idea de tí, quiero mostrarte tus encantos ántes que nadie te hable de ellos, pues la lisonja no puede hermanarse con el fraternal desinterés.

Tus cabellos, al resbalar en abundoso torrente por tu espalda, forman ráfagas de luz deslumbradora.

Tu ebúrnea frente es diáfana como el cristal, y se ven á través de ella tus pensamientos, que son en su pureza hojas de lirio y plumas de paloma.

Tus grandes y rasgados ojos tienen el azul de la bóveda celeste, la melancolía de un crepúsculo vespertino y la dulzura de un sol de Abril, sonriendo en el cenit después de una tormenta.

Tu nariz es de una perfeccion y delicadezagriegas.

Tu boca es un boton de rosa. Un rayo de sol, al sepultarse en el Océano, cruzó por tus labios, y los dejó teñidos de arrebol.

Tu talle tiene la esbellez y flexibilidad de la palmera, que se balancea en el oasis, y tu figura es más hermosa que el sueño de un poeta.

He tenido que revelar tu belleza, para hablar de los peligros que te cercarán.

Ha terminado tu infancia, hermosa mia; pasaron rápidas aquellas horas tranquilas y aquellos dias que se enlazaban los unos á los otros, cual los anillos de una cadena florida.

Aún permaneces adormida por el arrullo de maternal caricia, por el canto del ruiseñor y por el ambiente matinal que te saluda, enviándote su hálito perfumado. Todavía no has oido otros rumores que los del céfiro al jugar entre los árboles del frondoso bosque: no has percibido otro murmullo que el del bullente arroyo ó el aleteo de una mariposa junto al cáliz de un jazmin.

Si tu angelical sueño pudiera ser eterno, te dejaría gozar de él; mas como tu sueño ha de durar tan poco, no quiero fiar al hombre y al mundo el cuidado de despertarte.

El inarmónico ruido del mundo es muy estridente y te asustaría; el hombre es brusco y te haria despertar llorando.

Perdona, hermana adorada, que vierta hoy la primera gota de hiel en el apacible lago de tu vida; nadie te ama cual yo: beberia un mar de amargura por evitarte una copa de ella; mas como esto no puede ser, bebe la gota que te preservará de absorber un cáliz hasta las heces.

Tus quince años son hoy la plataforma que te eleva á una altura, desde la cual no ves más que bellos paisajes y risueños panoramas.

¡Oh! el alma tengo transida de dolor al tener que hacer descender de aquellas regiones ignotas y encantadas,

mi corazón se hace trizas al quitar á tu cabeza la muelle almohada de las ilusiones, para ofrecerle la fría y dura piedra de la realidad.

Pero es forzoso hacerlo: debo rasgar el rosado cendal que te oculta las negras tintas del cuadro de la vida.

Antes de que penetres en la sociedad, cuyas puertas ya tienes abiertas, quiero hacerte conocer lo que encierra, guiando de este modo tu inexperiencia y vacilantes pasos.

Allí oirás que te hallas en la edad más bella de la vida; pero ten presente que también son bellas las rosas, y á pesar de belleza tanta ocultan agudas espinas.

Muy en breve los que te cerquen crearán en torno tuyo una densa atmósfera de adulación: no la aspire nunca; es una pobreza de espíritu embriagarse en su humo.

No te acostumbres á este veneno, que es el peor de todos, aunque se presente en engalanada copa de oro.

La hermosura es una flor que marchita el más leve soplo del huracán, y nada puede volverle su lozanía.

La hermosura, llamada por Sócrates "tiranía de corta duración", es, sin la virtud, cual una flor sin perfume: la mano del tiempo la pulveriza, y quedan de ella frías é inodoras cenizas.

No olvides que la mujer bella solamente es una página que consta de una línea, y por lo tanto, pronto se examina: la mujer buena es un precioso libro, cuyas interminables páginas se hacen más interesantes á medida que se avanza en la lectura de ellas.

Napoleon I, el coloso de su siglo, dijo: "Una mujer hermosa agrada á la vista; una mujer buena deleita el corazón: la una es una alhaja, la otra un tesoro de inapreciable valor."

En la sociedad se anida la calumnia, la envidia y la ingratitude.

La envidia es hija de todo lo más ruin, es la lepra del alma; sé benévola y generosa, y todas las saetas que la envidia te dispare, se estrellarán en el arnés de tu superioridad, sin que te hieran sus afiladas puntas. La calumnia revela infamia de corazón, y generalmente son seres pigmeos los cobardes que se atreven á blandir esa arma. Si conservas y ostentas una conciencia blanca como el armiño, y pura cual la hoja de una azucena, disfrutarás una paz consoladora y serás invulnerable.

La ingratitud la encontrarás esparcida por doquier, nadie ha querido acusarse de ella, por ser bajeza tan vergonzosa, y sin embargo tiene su albergue en muchos corazones, que se parecen á la arena del desierto en que ésta absorbe el agua del cielo y no produce fruto.

Pero tú no necesitas gratitud alguna; para practicar el bien, quedas premiada con el placer que te produce la realización de una buena obra.

No quiero ocultarte que en este triste valle nos afligen muchos males, hermana mía.

Si aquí existe la felicidad, sólo se encuentra como preludio del dolor y escalonada con la desdicha.

¿Cómo quieres que yo te diga que el infortunio no cernerá sus invisibles alas sobre tu cabeza?... Imposible. ¿Quién puede decir en este erial que ningún pesar ha llagado su alma, ni recuerdo alguno ha apagado su sonrisa? Nadie. ¿Qué mortal que cuente por horas de ventura las de su existencia, no habrá tenido una nota discordante en la armonía de su vida?

Todos han prestado su óbolo en la hora de los infortunios y de las lágrimas.

La vida es un Océano combatido siempre de contrarios vientos, un piélago inmenso de grandes sueños y mezquinas realidades.

Soy impotente, hermana adorada, para enseñarte el arte de ser dichosa; pero intentaré hacerte aprender el arte de ser menos infeliz.

Para el dolor, planta que se desarrolla en el corazón humano, hay un lenitivo: la grata frescura y benéfica sombra del árbol llamado resignación; acógete bajo su amparo.

En las tempestades de la vida podrá auxiliarte el pararrayos llamado consuelo del justo, bálsamo de la adversidad ó religión.

En el cielo reside una estrella, que jamás oculta á la vista del mortal sus fúlgidos é inextinguibles resplandores. Este brillante astro se llama esperanza.

Quiero hablarte de un sentimiento que te sorprenderá, tan pronto como tu corazón sacuda la somnolencia en que yace.

No tardará en llegar para tí un momento, en el cual sentirás una inquietud inexplicable, un vago é indescriptible deseo, una soledad que te aterrará, y es que necesitarás apagar en el raudal del amor la ardiente sed en que se abrasa el alma en los primeros albores de la adolescencia casta y pura. Tu corazón se abrirá á todas las ilusiones, aspirarás el amor con todas tus fuerzas; soñarás un

ideal que tu fantasía revestirá de todas las perfecciones; pero ¡ay! ese sér, objeto de tu predilección, podrá parecerle el que tú has soñado, y sin embargo, no tendrá puntos de contacto con tu ideal.

En el camino de tu vida encontrarás seres que entenderán el amor de mil diversos modos, y te lo presentarán bajo formas distintas.

Los hombres, que materializan y profanan ese sentimiento, hacen de él un Proteo. El alcázar del amor tiene dos puertas, una llamada sentimiento y la otra sensación. Cierra con premura todos los caminos que conducen á esta puerta, pues es la falsa.

El amor verdadero es la fusión de dos seres en una unidad angelical y sagrada, y la armonía de dos corazones unisonos. Nada hay más sublime que esta estrecha asociación de dos corazones, la cual permite que los pesares se reduzcan á la mitad, y los goces se centupliquen.

Segun el ilustre Víctor Hugo, el amor es una parte del alma misma y de la misma naturaleza que ella; como ella, es una chispa divina; como ella, es incorruptible, indivisible, imperecedera. Es una partícula de fuego que está en nosotros, que es inmortal, á la cual nada puede limitar ni amortiguar.

El amor es un himno, es la más grata de las armonías.

Cuando se ama, el cielo parece más bello, el sol más brillante, las aves más canoras.

Hombres hay de corazón pútrido, aunque cubiertos con sudario de tisú, que mienten amores. Hombres hay que desgarran el corazón de una tierna niña con la más punible impavidez, cual el puñal que no cuenta las palpitaciones del corazón que ha traspasado.

Poco te diré acerca de estos hombres, pues los conocerás en la hediondez moral de sus palabras.

Contra el hombre libertino tienes una defensa en tus ojos: la pureza de tu mirada. Ante tu mirada, caerán los pensamientos impuros, cual murallas de hielo deshechas por sacro fuego.

No creas á quien te pinte el sentimiento con exuberancia de palabras. En cosas tan sagradas, es preferible el silencio á la exageración.

Nada debe ser más respetuoso que el amor. El amor puro, el único, aquel á que tú debes aspirar, se llama infatigable inspirador de lo bueno.

El amor es un bautismo que purifica el alma, barre todas las manchas que la oscurecían y la inunda de luz.

El amor es la página escrita en toda la creación.

En el amor existen armonías de la naturaleza, perfumes de Mayo, crepúsculos de Abril, bellezas melancólicas de Octubre, esplendores de Agosto y músicas de los espacios.

El amor es la poesía de la vida.

Un alma enamorada es un arpa cólica, una lira pulsada por ángeles y serafines.

MARÍA DE LA CONCEPCION GIMENO.

IDA.

HISTORIA DE UNA SALVAJE DE LA ISLA DE MINDANAO.

(Conclusion)

Cuatro días habían pasado desde la escena precedente, y Víctor no había conseguido volver á ver á Ida; y como nada se desea tanto como aquello que nos parece imposible de alcanzar, Víctor deseó ver á Ida de una manera tan vehemente, que lo que el primer día parecía un capricho, se convirtió en amor, ó al menos él lo creyó así. Pensando en ella constantemente, empezó á componer una novela en su imaginación, novela difícil de realizar; pero ¿qué será lo que no vean fácil las ilusiones de un enamorado? ¿Pediría á Tamporong la mano de su hija, y se casaría con ella del modo que le había dicho Tomás? Ella no se negaría á seguirle después: la llevaría á Zamboanga ó á Manila, la mandaría instruir en la religión cristiana, y cuando estuviese en disposición de recibir el bautismo se casarían segun el rito católico. Si era hermosa con el traje manobo, ¿cuánto más bella sería vistiendo el que usan las mestizas ricas de los pueblos filipinos civilizados! ¿Qué dicha poseer una mujer inocente y pura como un niño; que no vería el mundo sino por los ojos de su marido, ni soñaría en otra cosa más que en su amor! Tierna como la tortolilla de los bosques en que había nacido, y apasionada con una pasión ardiente como los rayos abrasadores del sol de su país.

Después de una noche de insomnio, y viendo que sólo doce días podría ya pasar la goleta en el puerto de Pundaguitan, Víctor se decidió á poner en práctica la primera parte de la novela, secundado por Tomás; y cuatro días después fué esposo de Ida, pues Tamporong dió gus-

toso su consentimiento al ver que su hija era dotada en cuatro mil platos, varias piezas de tela y otras chucherías, y creyó volverse loco de alegría al contemplarse dueño de una escopeta y de un agun que le regaló el capitán.

¿Quién podría describir la dicha de Ida cuando se consideró esposa de Víctor! ¡Dicha fugitiva de la cual pudo decirse con el profeta David! "Dura un día, como el heno florece por la mañana y se pasa, por la tarde inclina la cabeza, se deshoja y se seca."

Ida temía dejar el país en que había nacido; pero el amor de aquella alma virgen á todas las impresiones era tan grande, tan profundo, que en su vehemencia salvaje se hubiera tirado al mar por seguir á Víctor; hubiera preferido la muerte antes que perderle. Mas ¡ay! la novela de Víctor había sufrido algunas variaciones poco favorables á Ida, y el epílogo, sobre todo, había cambiado por completo.—¿Que loco he sido! pensaba Víctor. ¿Dónde he de ir yo con esta pobre criatura que todo lo ignora, que no tiene idea de los usos del mundo, y que me pondrá en ridículo en todas partes con su ciego amor? Sería hacerla desgraciada, mucho más cuando viese que no había de volver nunca entre los suyos. Nada, nada; por más que me pese, lo mejor es dejarla donde ha nacido. Ella se consolará, porque salvaje ó no, al fin es mujer. Su padre la casará (1) con el Datto Malila, y punto redondo. En conclusión, ¿qué es lo que ella pierde?... nada.....

El hombre civilizado no se acordaba de que la pobre salvaje tenía corazón!...

Pretextando asuntos de comercio en una isla próxima, pero prometiendo volver pronto, Víctor mandó aparejar su barco, y después de haber estrechado en sus brazos á la tierna Ida, la que hubiera preferido morir en ellos antes que sufrir esta dolorosa separación, se embarcó en él y tomó rumbo hácia Zamboanga, no sin llevar un triste recuerdo en el corazón y un remordimiento en la conciencia.

Ida, á quien su falso esposo había tratado de tranquilizar con falaces promesas, no por amor, ni siquiera por caridad, sino por egoísmo, pues comprendía, aunque no en toda su grandeza, la pasión que había sabido inspirarla, y temía contemplar sus arrebatos si llegaba á saber la cruel verdad; Ida quedó triste, sí, pero no desesperada, porque no sabiendo, hija inocente de la naturaleza, mentir ni engañar, no se la ocurría que nadie la engañase ni mintiese, y mucho menos el altivo y hermoso Castila, tan superior á todos los hombres que ella había visto hasta entonces. Mas ¡ay! pasó un día y otro día, un mes y otro mes, y la goleta no volvía!

Dos veces los manobos habían recolectado en sus campos las maduras espigas del palay, y la pobre Ida esperaba todavía al inolvidable Víctor. Y ¿cómo olvidarle, si su corazón le amaba siempre? ¿Cómo olvidarle, cuando el traidor esposo la había dejado una prenda de su amor, un tierno niño de ojos negros y rubia cabellera, que había nacido nueve meses después de haberse marchado su padre; padre cruel, que ignoraba la existencia del hijo, y era sin pensarlo el verdugo de la madre; de la virgen é inocente salvaje, que tan generosamente le había entregado su corazón?

Verdugo, sí, porque Ida, víctima de su amor y de su melancolía, iba consumiéndose lentamente como un arbusto trasplantado á un clima distinto del que le vió nacer. Semejante á esos preciosos pajarillos llamados "inseparables", que se crían en las costas de Siam y en los bosques de América, Ida, viéndose para siempre separada de su amante compañero, sólo la restaba sufrir una lenta agonía, y después morir.

III.

La luna brilla en el firmamento iluminando con su apacible claridad la playa de Pundaguitan, donde la triste Ida espera con su hijo en los brazos ver llegar el anhelado barco que ha de traer á sus brazos á su amado esposo. Gruesas lágrimas se desprenden de sus ojos y ruedan silenciosas por su atezado rostro, pero más suave que el fruto del algodónero cuando se desprende del sazonado capullo, y sus labios repiten con apasionada ternura el nombre de Víctor.

Un barco se descubre á lo lejos: ¿será la *Conchita*...

La rosada claridad de la aurora anunciaba un nuevo día: los primeros rayos del sol teñían ya la tierra y los mares con dorados reflejos, y todavía la triste Ida esperaba en la playa la llegada de su bien.

Sus cabellos y su traje estaban empapados del rocío de la noche, que en Filipinas es casi una lluvia.

(1) Los salvajes, después de casados, pueden dejar á sus mujeres, y ellas á sus maridos, y casarse nuevamente, pagando una multa al consorte abandonado ó á su familia.

Su rostro parecía más blanco á causa de su mortal palidez; sus grandes ojos, hundidos en las órbitas, brillaban con extraño fuego, así como la llama de una luz que próxima á extinguirse lanza de tiempo en tiempo brillantes resplandores. En sus enflaquecidos brazos estrechaba á su hijo con una fuerza febril, y todo en ella revelaba que era presa de la postracion más dolorosa.

—¿No quieres volver á casa, ama? la preguntó su esclava Laguan, que contemplaba triste y silenciosamente el abatimiento de su señora.

—Aquel barco, ¿será la *Conchita*? dijo contestando más bien á su propio pensamiento que á las palabras de su esclava.

—No, ama; la *Conchita* era un barco mayor que aquel. Creo que es la goleta *Soledad*, que ha estado aquí otras veces.

—¿No vendrá!.. ¿no le verá más!.. dijo Ida, y volvió á quedar silenciosa y sumida en su horrible tristeza.

La pobre salvaje estaba enferma del alma y del cuerpo. El espíritu había vencido á la materia, y anhelaba romper su dura cárcel.

Al fin consiguió Laguan arrancar á su ama de la playa, donde una última esperanza la había retenido tantas horas, y la condujo á la casita en donde había vivido desde su casamiento.

La preparó un lecho con varios petates, é hizo que se acostase en él con su hijo, porque la inocente criatura no quería separarse de su madre, cual si presintiese lo poco que había de disfrutar de sus caricias. Laguan mandó cocer algunas yerbas medicinales á otras esclavas para que su ama las tomase; pero el mal de Ida no era de los que se curan con drogas, y sólo la restaba morir.

IV.

Pocos momentos después, la goleta *Soledad*, porque era ella, echaba sus anclas en el puerto de Pundaguitan. Su objeto era hacer aguada durante el día, y al amanecer del siguiente emprender el rumbo hacia Davao.

Varios pasajeros, entre los cuales iba un misionero Jesuita, saltaron á tierra, los unos con intencion de pasar el tiempo más distraídos, y el sacerdote por no perder la ocasion de estudiar las costumbres de los salvajes, entre quienes debía pasar la mayor parte de su vida. Con este objeto se dirigió hacia el pueblo, pero en su camino encontró á Laguan que se dirigia á la playa para tomar noticias por mandato de su ama.

Al ver á aquel Castila de rostro venerable, vestido completamente de negro, lo que le hacia mas imponente á los ojos de la salvaje, Laguan trató de esconderse; pero él la llamó con voz afectuosa, y ella, al oír que el Castila hablaba el dialecto manobo, perdió el miedo y se acercó tímidamente.

Várias palabras cambiadas entre los dos sobre el objeto que la conducia á la playa fueron bastantes para que el sacerdote adivinase la desgraciada historia de Ida, y lleno de caridad evangélica suplicó á Laguan le llevase á ver á su ama, porque acaso podría darla un bien muy grande. Laguan no vaciló en acceder á su súplica, y pocos instantes después el sacerdote se hallaba á la cabecera de Ida.

La desgraciada niña apenas podía hablar ya; sin embargo refirió, aunque con gran trabajo, su lamentable historia al misionero, que lleno de fé y de caridad cristiana, sólo pensó en ganar aquella alma para el paraíso. Sus palabras sencillas, sí, pero inspiradas por el amor divino que inflamaba su corazón, abrieron nuevos horizontes ante los ojos de Ida, y una sonrisa de inefable gozo entreabrió sus labios descoloridos, ante la idea de un Sér, de un Dios todo misericordia y amor, y de una nueva vida de eterna paz y de ventura sin fin.

Ida y su hijo recibieron el bautismo, quedando esta después de recibirlo en un estado parecido al éxtasis. En su rostro brillaba una serenidad y una alegría celeste, y sus labios, entre abiertos, parecían sonreír á los ángeles, que sin duda rodeaban su cabecera deseosos de conducir á los cielos aquella alma purificada ya de toda culpa. Un pajarillo entonaba melodiosos cantos en la copa de un árbol frondoso que extendia sus ramas sobre la casita, y el sacerdote recitaba fervorosamente las imponentes y sublimes oraciones de los agonizantes.

—Ahora, decia, que tu alma va á salir de este mundo, salgan á recibirte los gloriosos coros de los ángeles; los apóstoles que deben juzgarte vengan á tu encuentro con el ejército triunfador de generosos mártires: circúndete la multitud brillante de confesores; acójate con alegría el coro radiante de vírgenes, y sé para siempre admitida con los santos patriarcas en la mansion de la venturosa paz.

—Preséntese á tí Jesucristo con rostro lleno de dulzura, y colóquete en el seno de los que rodean su Divinidad....

Los últimos rayos del moribundo sol, penetrando por la ventana, iluminaron el rostro de Ida cubriéndole con una aureola celeste. La jóven lanzó un débil suspiro, fijó sus ojos en el sacerdote, sonrió dulcemente diciendo: ¡Dios! ¡Dios!... é inclinando la cabeza como una paloma herida, dejó de existir.

V.

Al amanecer del día siguiente, la goleta *Soledad* emprendió el rumbo hacia Davao, llevando á bordo al hijo de Ida y á la esclava Laguan, que no había querido separarse de él.

—Quiero ser cristiana como mi señora, había dicho la esclava al sacerdote, después de la muerte de su ama.

—Lo serás, hija mía, la contestó el misionero lleno de santo gozo al ver que iba é entrar una oveja más en el redil del Señor; pero ántes es necesario que yo acabe la buena obra que hoy he empezado. Este niño, añadió señalando al hijo de Ida, que jugueteaba al lado de Laguan, no puede quedar aquí; es necesario que le lleve á Zamboanga, donde creo que se halla su padre. La mujer del araez de la goleta, que por casualidad viene á bordo, es caritativa, y no creo rehusará cuidar del niño hasta que lleguemos á Zamboanga.

—Yo sola quiero cuidar de él, yo no quiero dejarle, dijo Laguan con los ojos llenos de lágrimas.

—Sea, respondió el misionero; la buena mujer que se encargará del niño no rehusará que tú cuides de él, y ella cuidará de tí.

—Pero yo quiero ser cristiana, cristiana como mi ama.

—Lo serás tan luego como estés instruida en los misterios de la religion, dijo el sacerdote con dulzura.

Tamporong hacía quince días que estaba ausente, y esta ausencia facilitó los inconvenientes que acaso se hubiesen presentado si hubiese estado allí.

El sacerdote dejó algunos regalos para Tamporong, que entregó á las mujeres de éste, regalándolas á ellas tambien algunas telas y sartas de abalorios, y conquistando por el mismo medio la voluntad de todos aquellos que hubieran podido oponerse á sus intentos.

La mujer del araez, que era una mestiza muy caritativa, acogió á la jóven y al niño con una ternura casi maternal.

—Padre, dijo al sacerdote, yo no tengo hijos; mi marido y yo seremos los padres de estas desgraciadas criaturas.

Cuando el sacerdote llegó á Zamboanga trató de averiguar el paradero del capitán Víctor; pero fué grande su sentimiento al saber que en el mes de Setiembre del año anterior, época de los grandes vaguíos ó huracanes en Filipinas, la goleta *Conchita* había naufragado en las costas de Panay, pereciendo toda su tripulacion y el capitán que la mandaba.

¡Víctor! ¡culpable Víctor! ¡descansa en paz! y si moras en el lugar terrible en donde las almas manchadas se purifican con el arrepentimiento y el llanto, esperando entre dolorosas angustias el momento de su perdon, acuérdate que en el cielo hay un alma que ruega por tí; que allí te espera el alma de Ida.

JOSEFA ESTEVEZ DE G. DEL CANTO.



HOMENAJE DE GRATITUD Y CARÍÑO

AL SR. CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO.

En alas de mi entusiasmo,
de mi fé y de mi ESPERANZA,
busqué en vos mi bienandanza,
y mi bienandanza hallé.
Pobre, enfermo y sin consuelo,
fuisteis vos mi Providencia,
y con la luz de la ciencia
mi oscura senda alumbré.
En medio de mi tormento,
fuisteis placida ribera,
donde sin vos sólo fuera
mi vida triste mansion.
Pero vos, con dulce calma,
y la piedad bienhechora,
me disteis en una hora,
la dicha del corazón.
Iba en el mar de mi vida,
pobre naufrago perdido;
pero vos, compadecido,
me brindasteis dulce paz.
Y entre santos beneficios,
de que no podré olvidarme,

supisteis bien inspirarme
el amor á la verdad.
Estrellas que suspendidas
en cristiano firmamento,
sois la luz del pensamiento,
mucho os debe la virtud.
Sin vosotros, sólo fuera
el mundo oscura morada,
donde viviese ensalzada
la maldad, la ingratitud.
Sois ángeles en la tierra,
combatidos con fiereza;
pero, ¡acaso la firmeza
no destruye la maldad?
La fé inspira á toda alma
un valor que no fenecer,
y es una flor que florece
en toda la inmensidad.
Arma de Santos, su fuerza
no puede ser destruida,
porque vive sostenida
por quien todo existe y es.
Todo Dios lo tiene hecho,
desde que el FIAT portentoso
hizo surgir milagroso
el mundo de su poder.
Vos, pues, insigne caudillo
de la Verdad revelada,
teneis la palma ganada
de la santa excelcitud.
¿Qué importa que el mundo niegue
lo que enseña la Escritura,
si la pobre criatura
sólo vive del error?
Es necesario guiarla
por la senda del talento,
y elevar su pensamiento
al cielo de la virtud.
Vos la teneis; dad al hombre
raudales de simpatía
con la mágica armonía
de la Santa Religion.
Y las almas sin consuelo,
y los pechos afligidos,
vendrán á vos condolidos,
por la dulce bendicion.
Vos les dareis esa dicha
que sólo tiene el que adora,
al que sonríe en la aurora,
al que sabe perdonar;
al que alumbra con los soles
que irradian luz en el mundo;
al que es un gérmen fecundo
que nunca puede faltar.
Vos, que teneis la virtud
que gana los corazones,
y las sublimes acciones,
hijas de noble piedad,
no abandonéis al que sufre
las decepciones del mundo,
cual el ábrego iracundo,
y tan exíguo en bondad.
Ved que hay horas en la vida
en que la fé desfallece,
cuando el pesar tanto crece
que no se puede sufrir.
Y Satán, activo siempre,
alucinarnos procura,
para que en nuestra amargura
sólo queramos morir.
En momentos tan acerbos,
si vacila la esperanza,
ya no se ve bienandanza,
sino aflictivo dolor.
Sólo la virtud preclara
con sus dones nos consuela;
y si el dolor nos desvela,
nos tranquiliza el amor.
El amor que vos mostrais
á todos los que padecen,
á cuantos hoy desfallecen
del mundo en el turbio mar.
Vos, que en un grado tan alto,
teneis la virtud primera,
esa caridad sincera
que en vos yo pude apreciar.
Animad mi pobre espíritu,
por demás atribulado,
de este mundo abandonado,
donde impera la impiedad.
Pues médico sois del alma,
y por virtud y por ciencia
llegasteis á la excelencia
de tan alta potestad,
no olvideis al que bendice
vuestra caridad preclara,
esa virtud que es tan rara
en la triste humanidad.
Y admitid este homenaje
de cariño respetuoso,
que os envío cariñoso
en alas de mi amistad.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

Madrid.

UN RECUERDO.

Á MI AMIGO ROGELIO JOVE Y BRAVO.
Me pides versos, mi querido amigo,
como un recuerdo de amistad sagrada,
sabiendo que mi musa perezosa
há mucho tiempo dolorida, calla.
Cuando en los valles de la pátria mia

(pátria querida á quien adora el alma,) contemplando la espléndida natura una voz celestial me dijo canta; entonces ¡ay! en mi ardorosa frente sentí de amor la inextinguible llama, y arranqué de mi lira mil cantares, y en dulces trovas ensalcé á mi pátria; entonces ¡ay! con la mirada fija en esa gloria con que sueña el alma, dirigí tiernos cánticos al cielo, canté el amor de mi sin par cubana, y en esta vida de pesares llena, ni una sonrisa obtuve, ni una lágrima!

¿Cómo cantar la dicha y los placeres si acerbo duelo el corazón desgarró; si gime el pecho de pesar henchido sin que le reste ya ni una esperanza?

El fuego abrasador de los amores que el ciego olvido en su impiedad no aplaca, ¿cómo fingir quien doloroso gime el cruel olvido de su dulce amada?

Destino adverso que condena al vate á cantar ilusiones y esperanzas, sin lograr de unos labios la sonrisa, ni arrancar de unos ojos una lágrima.

E. M. GONZALEZ DEL VALLE.

EL LUJO.

¿Qué es esto, Julia? Tienes los ojos enrojecidos por el llanto, y las manos cruzadas sobre las rodillas, como si te agobiase el más profundo abatimiento; pero ¿cómo es posible que sufras, tú tan joven y tan bella; tú que eres el ídolo de tus ancianos padres; tú que eres tiernamente amada por todas tus amigas, y lo que es más, tú que apuras hasta las heces la embriagadora copa del amor! Pero ¿qué veo!... ¡has pisoteado tu vestido blanco y tu corona de rosas! ¿Es acaso porque no te parece bastante rico tu traje, para presentarte en el baile de esta noche? ¡Guárdate, Julia; guárdate de anudar en tu niñez los eslabones de una cadena que trae en pos de sí la deshonra y la miseria; guárdate de marchitar tu juventud con un loco deseo, y de prepararte para la vejez horribles remordimientos!

No te diré esas frases tan repetidas, que un vestido blanco y una sencilla flor sientan mejor á un rostro de quince años, que la seda y los encajes. No te diré esto, porque sólo conseguiría hablar á tu razón y aun tal vez á tu coquetería: quiero hablarte al alma; quiero demostrarte que es un crimen lo que estás cometiendo con tus exageradas aspiraciones; quiero mostrarte como en un espejo toda la horrible trascendencia de tu desenfrenada ambición de niña. Ahora aspiras á llevar sedas y encajes; mañana querrás joyas y terciopelo, y son tus ancianos padres los que se privan de lo necesario, del solaz de sus postreros años, para satisfacer tus caprichos; serán tus hijos y tu marido los que mañana tal vez se vean arrastrados á la miseria por tu causa, ó lo que es aún peor, á la ignominia. Guárdate, Julia guárdate, repito, porque tal vez llorarás un día con lágrimas de sangre; el no haber puesto coto á tiempo á un afán que seca el alma. La mujer que se entrega á un lujo desenfrenado, es como el jugador que sacrifica sus bienes, su vida y su honra á los vagos azares de una carta. ¿Y es posible que un sér dotado de inteligencia, un sér que es hermano de los ángeles, se rebaje hasta el punto de considerarse más honrado llevando lo que sólo puede deslumbrar á los nécios y casquivanos? ¿Acaso son más bellas las flores, colocadas en un rico canastillo, que sobre la verde alfombra de los campos? ¿Acaso son más bellas las aves vistas al través de los hierros de una dorada jaula, que cuando destacan sus alas de rubí sobre el oscuro azul del cielo?

Adórnate, en buen hora, procura realzar tu natural belleza con un gracioso atavío; pero no hagas una injuria á tu Creador, suponiendo que un pedazo de tela, obra gro-

sera del ingenio humano, pueda tener más valor que la criatura que él formó á su imagen; no hagas una injuria á los hombres sensatos, suponiendo que la mayor ó menor riqueza de tu traje pueda conquistarte el aprecio que sólo conceden á los sentimientos del alma.

Comprendo la coquetería, comprendo la maledicencia, comprendo todas las pequeñas pasiones de la mujer; jamás comprenderé la del lujo. Es preciso no tener dignidad en el alma; es preciso tener vacío de todo noble sentimiento el corazón, para cifrar su único anhelo en fútiles adornos. ¡Para querer deslumbrar, no con su propio mérito, sino con lo que cualquiera compra con un puñado de oro! El excesivo abandono puede ser una muestra de desprecio hacia la sociedad; pero el afán del lujo es una horrible injuria hecha á su buen sentido; es creerla capaz de rendir absoluto culto á frívolas bagatelas.

«¿A dónde vamos? exclama un publicista francés. El lujo ha tomado tales proporciones, que en uno de los palacios del faubourg Saint Honoré, que pertenece á un personaje conocido, se ha hecho una contrata con un horticultor florista para el abastecimiento de las flores durante el invierno, por el precio de 25.000 francos. A este precio se hubieran podido comprar los jardines de Armida.»



MÉJICO. — PLAZA MAYOR DE GUANAJUATO.

El lujo en el vestir sobrepuja á los caprichos del millonario advenedizo, y desgraciadamente se extiende á todas las clases. El presupuesto de las familias se va aumentando, y no puede sostenerse sino por milagro el equilibrio. Dirás que estos fastuosos dispendios redundan en provecho de los pobres; pero, ¿y la clase media? ¡La infeliz y desolada clase media, que ha remplazado en desdichas la antigua clase proletaria; que lucha y relucha por guardar efímeras apariencias; que se ve obligada á comprar un inútil traje con el precio del negro pan que falta á su alimento; que vive entre zozobras, cuyo único porvenir es la miseria! ¿Qué es de ella, qué será de ella dentro de algunos años, Julia mía? ¡No quieras añadir tu grano de arena al edificio de su desventura! ¡Avergüénzate de mostrar al mundo la frivolidad de tu alma y tu razón, porque eso es lo que supone tu insensata vanidad! Hojea si nó la historia de las naciones: cuando los nobles sentimientos se extinguen; cuando las virtudes tienden sus alas al cielo; cuando el ingenio perece, entonces llega el lujo con todo su fastuoso acompañamiento de vicios, y entonces suena la hora de los funestos cataclismos, que convierten á un pueblo floreciente en una horda de esclavos miserables.

Siempre es el lujo desordenado el que marca esas horas supremas, en que un Dios vengador de las holladas virtudes, manda sus azotes á la tierra y reduce á polvo los soberbios. Pero no quiero buscar ejemplos tan elevados para convencerte: tal vez esas consecuencias generales no hablarían bastante elocuentemente á tu razón; te contaré una breve historia, cuya heroína, por desgracia, he conocido, y cuya suerte me ha hecho verter amargas lágrimas.

Yo era muy niña: era cándida é inocente como lo son todas las almas juveniles. Viviendo en la soledad y el retraining, mis sueños más seductores se reducían á tener una amiga, otra yo, con la cual pudiese compartir mis penas y alegrías. Lo deseaba tanto, que hubiera dado gustosa la mitad de mi existencia por anudar ese bello lazo, que estrecha para siempre dos apasionados corazones. Vivía al lado de mi casa una joven que contaba muchísimos más años que yo. Un día se detuvo delante de mí y se sonrió dulcemente. Desde aquel instante, á pesar de la desproporción de nuestras edades, ella fué el ídolo á quien consagré todo el fuego de mi alma. Se llamaba Ana. Era alta y esbelta, de ojos azules y cabellos de oro. Su padre poseía algunas propiedades en el campo, y vivía en una modesta medianía; su madre, débil y enfermiza, cifraba toda su vida en aquella hermosa niña, única prenda de su amor. Pero ¡ay! que la había acostumbrado desde sus primeros años á llevar un lujo excesivo, porque la buena anciana enloquecía de júbilo cuando oía decir á sus amigas: *Ana parece un ángel*.

El corazón de la joven estaba ya calcinado por la vanidad: su único anhelo era llamar la atención, y sólo creía conseguirlo eclipsando con su lujo á sus modestas rivales.

Una hermosa cinta que yo poseía, me había valido su benévola sonrisa. Se la cedí con júbilo, y obtuve entrada en su casa. Pasóse algún tiempo: yo rendía á mi ídolo un fanático culto; era para mí un objeto de la más ardiente adoración, y no obstante, mi alma no estaba satisfecha. Cuando la hablaba de cariño, cuando intentaba provocar una explicación afectuosa, ella me contestaba hablando de galas y preseas. Su lujo tomaba cada día un incremento fabuloso. Confieso que algunas veces se llenaban mis ojos de lágrimas involuntarias, al ver sus hermosos trajes, sus lujosos prendidos, sus deslumbradoras joyas. Ay! ¡yo nada de todo aquello poseía! A veces hasta me atrevía á reprochar á mi buena madre por su rígida severidad.

«Paciencia, hija mía, paciencia, decía la buena anciana con su angélica dulzura: quien siembra trigo, trigo recoge algún día. Jesucristo ha

dicho: la mujer fuerte reedificará su casa, la indolente destruirá la suya.» Cuando empecé á tomar más intimidad con mis vecinos, noté una cosa que me llenó de sorpresa. Ana concurría á todos los paseos y á todos los bailes, acompañada de su buen padre.

Pero en los días que precedían á alguna reunión notable, siempre hallaba á la joven entregada á los arrebatos de la cólera; siempre hallaba á su madre con los ojos enrojecidos por el llanto, y á su padre triste y cabizbajo, con las manos cruzadas sobre las rodillas, en la actitud del más profundo abatimiento. Durante aquellos aciagos días, no me atrevía á hablar á mi amiga; tanta era la ira estampada en su semblante.

Un día hallé, sin querer, la solución de aquel enigma.

Cuando entré en su casa, madre é hija estaban disputando, y era tanto el calor de la discusión, que no advirtieron mi presencia.

—Sí, decía la madre sollozando; sábelo al fin, estamos arruinados, y lo que es peor, empeñados hasta el exceso. No bastándonos ya para vivir nuestras rentas, hemos ido vendiendo cuanto poseíamos. También me he desprendido de todas mis joyas; he contraído deudas, y ya no me queda ni crédito ni dinero. No te echo á tí la culpa: nosotros la tenemos por nuestra loca condescendencia, por nuestra insensata vanidad.

Pero en fin, ya está hecho; carecemos de todo recurso, y no es posible hacerte el nuevo traje que deseas.

—¡Pues yo lo quiero! ¡Yo lo quiero! repetía Ana con la obstinación de un niño mal educado.

No sé cómo se hizo; pero Ana tuvo el vestido. Es verdad



182.

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim II. 3.

que desde aquel día la miseria vino á sentarse triste, macilenta y haraposa, á la puerta de su casa.

Al cabo de algún tiempo, el anciano, agobiado por la tristeza, cayó gravemente enfermo y bajó á la tumba. ¡Dichoso él que no presencié el horrible drama cuyo prólogo había dejado empezar con su condescendencia! Madre é hija quedaron frente á frente. Ana tuvo que resignarse á trabajar; pero quería fomentar solamente sus caprichos con el fruto de su trabajo. ¡Oh qué horribles escenas tenían lugar en aquella casa! Se pasaban días enteros sin

Una mañana la hallé anegada en llanto. Estrujaba entre sus crispados dedos una carta, y parecía haber perdido la razón.

¡Ana, su único bien, su único apoyo, la había abandonado! Al huir de la casa materna, había dejado sólo algunos renglones implorando el perdón de su madre.

¡Pero adónde podía haber ido? Ana no tenía, jamás había tenido amores. Al hacer esta observación á la desolada anciana, ésta exclamó con amargura:

Ana, era ella, reconoció á una de sus vecinas, y dió un grito. Luego su alma seca, reavivada repentinamente por los remordimientos, experimentó un choque imprevisto. Ana se abalanzó á la casa, subió de dos en dos los escalones, y se precipitó en el miserable aposento, donde sólo se oía el monótono rumor de las preces y el estertor de la moribunda. ¡Horrible contraste formaba su espléndido atavío con la desnudez de aquella estancia, con el lúgubre acto que se representaba en ella! Ana cayó á los pies del lecho mortuario, gritando entre sollozos:



LAS FERIAS DE MADRID.

que la triste anciana tuviese un pedazo de pan que llevar á sus labios, y mientras ella no se atrevía á llamar al médico para que diese un alivio á sus dolencias, su hija se presentaba en el paseo con trajes que llamaban la general atención.

Recuerdo con espanto una noche en que la pobre vieja cayó sin sentido en mis brazos, víctima de un repentino desmayo.

Yo estaba ayudando á Ana á concluirse un prendido.

—¡Hambre! ¡Tengo hambre! murmuró débilmente la vieja en mi oído, mientras Ana había salido á buscar un poco de agua.

No quise seguir cosiendo, porque me abrasaba las manos aquella funesta tela. La adoración que había sentido por Ana se había ido extinguiendo gradualmente, y sólo frecuentaba aquella casa para prestar algún consuelo á la desdichada madre, cuyas dolencias se aumentaban cada día. Empezó á no poder salir de casa. Luego no tuvo fuerzas para abandonar su aposento, y por último quedó clavada en su lecho de dolor.

—¡Ana no necesita amar para seguir á quien la muestre á lo lejos un rico tren y lujosas galas!

¡Ay! ¡La pobre madre no se equivocaba! Demasiado á costa suya había aprendido á leer en el corazón de su hija. Díjose que ésta había marchado á Francia con un rico capitalista.

La anciana vivió aún tres meses, sostenida por la caridad de sus amigas. Llegó al fin el triste instante en que fué preciso suministrarle los consuelos espirituales; pero mira, Julia mía, cuán milagrosos son los azares que combina la Providencia para alcanzar sus altos fines. Cuando el Santo Viático llegaba ya cerca de la casa, cayó un repentino chubasco, y habiendo acertado á pasar un coche, los transeúntes invitaron á los que iban dentro á que lo cediesen al Rey de los monarcas.

Bajó una mujer lujosamente ataviada, y subió el venerable sacerdote. Pero á los pocos pasos el coche se detuvo.

—¡Es para tu madre! dijo una voz irónica al oído de la hermosa dama.

—¡Perdon, madre mia, perdon!

La moribunda abrió sus ojos entelados y vidriosos, hizo un movimiento de horror, y cayó cadáver sobre el lecho: no pudo perdonarla.

Aquella espantosa escena pareció haber convertido al bien el corazón de la culpable. Ana había sido abandonada por su infame seductor, y regresaba á su casa como el hijo pródigo á la suya. Vendió sus suntuosas galas para pagar el entierro de su madre, y durante tres meses se resignó á vivir de su trabajo.

Ya te he dicho que era muy bella. Un joven empleado de Hacienda se enamoró de ella, y creyéndola arrepentida, la llamó su esposa.

Mas ¡ay! que esta sonrisa de la fortuna volvió á despertar con nueva fuerza sus adormecidas pasiones. Poco á poco volvió á ser lo que era: el tormento y el oprobio de su esposo, como lo había sido de sus padres. Tuvo dos hijos: dos ángeles desatendidos y desdenados, y ni aun su pura sonrisa pudo borrar la huella del mal en el corazón empedernido de su madre.

La fortuna de Ana era escasa: contrajo deudas. Pero el marido responde de las deudas de su mujer, y el infeliz esposo, loco, fuera de sí, desatinado, entró una noche en una casa de juego, y volvió á su casa con los bolsillos llenos de oro. Una vez aprendido el camino, volvió otra noche, y otra: volvió consecutivamente todas las noches durante tres meses. Al ménos habia paz en su casa: su mujer ostentaba un lujo insolente y escandaloso. Pero un día perdió todo lo que habia ganado, y la miseria se adelantó hácia él con su faz escuálida y aterradora.

Dos meses despues, todos los periódicos hablaban de un empleado de Hacienda que habia sustraído una fuerte suma de la caja del Estado, confiada á su honradez. La noche anterior al día en que circuló esta fatal noticia, el marido de Ana se habia escapado; pero fué preso cerca de la frontera y vuelto á conducir á Barcelona. Formósele causa, y fué condenado á presidio; pero al llegar al sitio donde debia sufrir su condena, aprovechó un momento de distraccion de sus guardianes, y se arrojó por la ventana de su prision, quedando muerto en el acto. El suicida ni aun obtuvo los honores de la sepultura.

Ana quedó sola en el mundo con sus dos hijos pequeños. Dios tuvo compasion de su desgracia. Un lejano pariente, que vivia en un pueblecillo situado á la faldá del Monseny, la ofreció un asilo. Era un viejo célibe que poseia algunos bienes de fortuna. Pero el ángel del mal velaba incesantemente para consumir la perdicion de Ana. Cuando ya se disponia á partir, un rico americano la ofreció su amor. Ana sacrificó á su insensata pasion el porvenir de sus hijos, y volvió á recobrar todo el oropel perdido.

En el día nadie la saluda: vive en un círculo aparte, que no es, por cierto, el círculo de las personas virtuosas. Su hija tiene apenas quince años; pero el rubor ya no enciende sus mejillas; su hijo es un libertino: ¿qué han de hacer, si fueron engendrados por la infamia y la deshonra?

No obstante, Ana pasa su vida en el tocador, y sonríe de placer al contemplar sus galas. Cuando se presenta en público, ricamente ataviada, cree que son sonrisas de admiracion las sonrisas de menosprecio.

Pero vendrá la vejez, Julia mia, vendrá la vejez con su espantoso cortejo de desengaños y sufrimientos, y ¿qué será de esa infeliz, despreciada del mundo, desestimada de su amante, viendo la pérdida y la ruina de sus hijos, recordando que ha sido el azote de sus padres, el asesino de su esposo, el oprobio de su familia? ¿Qué será de ella, Dios mio? ¿Habrá martirio en el infierno que iguale á su martirio? ¿En sus últimos instantes oirá zumbir en sus oídos sarcasmos y maldiciones, en vez de consuelos y plegarias? ¿No habrá lágrimas en su lecho de muerte, no habrá flores en su tumba? ¿Árbol pernicioso en la tierra, será arrancado de raíz y arrojado al fuego eterno? Y luego, Julia, luego, ¿qué responderá al Dios de la inescrutable justicia, cuando la pregunte: alma formada de la esencia de mí mismo, dónde está el bien que has sembrado, las lágrimas que has recogido? ¿Ángel guardian del hogar doméstico, ¿dónde están los ejemplos de humildad y abnegacion que debias haber ofrecido á tu familia? Cuando la pregunte, por último, como Cain: ¿mujer, qué has hecho de tu esposo? ¿Qué has hecho de tus hijos?

Pero ¿qué veo? ¿Recoges tu hollado vestido, tu desdénada corona? Haces bien, Julia, haces bien: sé modesta y humilde, y tu esposo será honrado, serán honrados tus hijos: prefíere el lujo de los nobles sentimientos, de los nobles hechos, al lujo de los fútiles adornos, y tu vejez será apacible; y cuando venga la muerte, volverás feliz y tranquila á unírte con tus hermanos, los ángeles del cielo!

ANGELA GRASSI.

MÉJICO.—PLAZA MAYOR DE GUANAJUATO.

La ciudad de Guanajuato, capital del Estado de su nombre, que tiene 700 000 habitantes y constituye el territorio más poblado y más rico de Méjico, cuenta cerca de tres siglos de existencia, y se halla rodeado de paisajes como sólo se ven en el Nuevo-Mundo.

Habitán la ciudad más de 50 000 almas, y la poblacion minera de sus inmediaciones asciende á 30.000. La riqueza principal de este país consiste en sus muchos y excelentes productos metalúrgicos, y entre ellos el oro, siendo el maravilloso filon *Veta-Madre* acaso el más extenso y el más rico del mundo.

Habiendo dado en números anteriores la vista de la capital del Imperio Mejicano, hemos creído oportuno dar también el que representa la Plaza Mayor de Guanajuato, la ciudad que sigue á Méjico en importancia, y que es sumamente notable, tanto por su extension cuanto por los bellos edificios urbanos y religiosos que la forman.

N.



EL ANTIFAZ DE TERCIOPELO,

novela original

Escrita por E. Feijóo y de Mendoza.

(Continuacion.)

CAPITULO VIII.

ROMPIMIENTO.

—Magdalena, me dijo Leocadia con voz grave y pausada, ¿qué es lo que tienes? Estás pálida, abatida. ¡Oh! ¡cuán distinta de hace dos años! Entonces estaba tu belleza en todo su esplendor; hoy pareces una flor lánguida y ajada!

—¿Cómo sigue Irene Valdelirios? pregunté, contestando á su pregunta con otra.

Leocadia movió la cabeza con tristeza y guardó silencio. Yo me estremecí, y repuse con voz temblorosa.

—¿Por Dios! dime la verdad, ¿cómo sigue Irene?

—Irene se muere; me respondió con angustia Leocadia; Irene se muere tísica; la mata su inmensa pasion por Eguilaz. Más tarde ó más temprano, mes arriba ó abajo, Irene perecerá. Su delicada constitucion está minada por los disgustos y los padeceres. Sólo Dios podría salvarla. ¡Magdalena, tú la has muerto! A tí acusa el pueblo entero, á tí maldice, y á Romualdo lo desprecia. ¿Te acuerdas hace dos años, sentadas en este mismo balcon? ¡Estabas hermosísima, encantadora! ¡Oh, porque no tenias remordimientos!

Mi querida Irene era feliz con su amor. ¿Lo recuerdas, Magdalena? ¡Por un baile! ¡Por una cosa tan pequeña! ¡Tú juraste vengarte y la asesinaste!

¡Oh! Dios te pedirá cuenta de su vida, ¿y qué responderás? Ni aun tienes la disculpa de haber amado á Eguilaz, pues el amor hubiera podido servirte de disculpa. La venganza es siempre un crimen, y mucho más cuando se funda en agravios tan mezquinos. ¡Ah! yo tambien tengo de qué acusarme; yo tambien tuve mucha culpa; exalté tu vanidad con mis palabras necias, ¡cuánto me pesa! ¡Magdalena! ¡Magdalena! ¿qué has hecho?

—Por compasion, calla, Leocadia; suspiré con el corazon hecho pedazos; no me hables de ese suceso que tanto deploro. ¡Oh! amiga mia, ¡si á costa de mi sangre pudiera devolver la salud á Irene, no dudes que lo haria! Desde hoy mismo romperé mis relaciones con Eguilaz, y haré porque vaya arrepentido á pedir perdon á Irene. ¡Nunca, nunca pude yo creer, Leocadia, que una mujer se muriese de amor! Amiga mia, soy susceptible de amar con delirio, con adoracion, pero jamás me moriria por un hombre que bajamente me abandonase. Si él pereciese, entonces comprendo la locura, y hasta la muerte; ¡mas por dejarme sin motivo? ¡oh! odio y desprecio sólo me inspiraria, y remordimiento por haberle querido.

¿Qué ha conseguido la pobre Irene con su loco amor por Romualdo? Que el mundo diga: ¡por ese hombre se murió de amor una infeliz jóven! ¡Honrosa recompensa! ¡Nunca, jamás haria yo célebre á un hombre á costa de mi vida!

—Magdalena, dijo Leocadia vivamente, tú no tienes derecho para hablar de ese modo. Tú has impelido á Eguilaz á que se portase mal con mi pobre amiga; sin tí, Irene seria dichosa, y Romualdo consecuente. Dime, ¿quién tiene la culpa de esta desgracia, más que tu vanidad? Magdalena, eres más criminal que Eguilaz; tú, por vengarte, le buscaste en el baile; le separaste de la señorita de Valdelirios, y haciéndola á ella sufrir, no has tenido tú satisfacciones; díganlo si no tu belleza agostada y tu mortal palidez. Con referencia á tu modo de comprender el amor, no te diré que sea mejor ó peor que el de otras personas: mas si Irene es una alma débil, y tú fuerte, razon demás para que la considerases.

—Es verdad, Leocadia, repliqué con dolorosa angustia prorumpiendo en lágrimas. Yo tengo la culpa de todo. ¡Dios mio, Dios mio! ¿qué haré para remediar un mal tan grande?

En aquel momento, sin anunciarse, y como una persona de confianza, entró Romualdo, vestido con la más exquisita elegancia, y con la sonrisa en los labios.

Le juro á V., General, que me estremecí como si hubiera visto una víbora. ¡Oh! no podia venir en peor ocasion.

—¿Qué busca V. aquí, Eguilaz? grité como una loca.

—Es la hora á que acostumbro venir siempre, Magda-

lena, me contestó sorprendido, y no sé qué significa ese asombro. Hoy con más razon he debido venir, porque tengo que hablarla á V. de un asunto de la mayor importancia.

—Entonces yo me retiro, dijo Leocadia poniéndose en pié.

—¡No, amiga! exclamé yo con la mayor zozobra. ¡No te separes de mi lado, por piedad!

—Magdalena, dijo Romualdo con tono de reconvenccion, ¿por qué no deja V. marchar á su amiga?

—Puede V. hablar lo que guste en su presencia, murmuré con sequedad.

—Pero... me dijo él cortado.

—¡Hable V., hable V! grité yo delirante.

Eguilaz se quedó un rato suspeso, y luego dijo:

—Magdalena, no dudo que esta señorita le inspirará á V. la suficiente confianza; pero como lo que tengo que decir á V. no corre prisa, lo dejaré para otra hora.

Leocadia al oír esto, sin que yo pudiera contenerla, me saludó con afecto y se retiró.

Parecia, Augusto, que el ángel malo de Eguilaz le impelia á hacer todo cuanto pudiese disgustarme. Yo queria justificarme á los ojos de mi amiga, y él me lo impedía. Comprenda V. en qué estado tan benévolo quedaria para escucharle; así fué que le dije con desdenosa altivez.

—Ya está V. satisfecho; estamos solos; hable V. y sea breve, porque me siento enferma y deseo acostarme.

—Querida Magdalena, muchas veces le he dicho á V. que estábamos en una posicion violenta; tantas veces la insinué que era preciso poner un término á esto, y que despues de dos años de relaciones menester era una feliz conclusion; esta no puede ser más que nuestro enlace. Amada mia, añadió con gravedad, pido á V. su mano, ¿me la negará?

Quedé aterrada: no era la primera vez que Romualdo me hablaba de esto; pero nunca en tan malas circunstancias. Me pareció una enormidad su pretension en los momentos en que Irene espiraba, víctima de su perfidia.

En casa de la marquesa de Valdelirios se hallaban próximos á encender las teas funerarias, y Romualdo deseaba que se encendiesen en la mia las del himeneo. Parecia una burla á la infeliz mujer que se estaba muriendo, y un insulto á mis remordimientos. General, comprendí que aquel hombre tenia un corazon perverso, y aun cuando le amase, esto me hubiese hecho despreciarle: así fué que con una ironía cruel, le dije.

—Romualdo, ¿sabe V. el estado en que se halla la señorita de Valdelirios? Se está muriendo, y nosotros la matamos. ¡Oh! tenga V. corazon, y no me hable de matrimonio en la actualidad, porque seria un crimen.

Eguilaz hizo un gesto desdenoso.

—Magdalena, exclamó tambien con tono irónico, esa compasion que V. manifiesta por Irene, es en verdad bien extraña y fuera de lugar, pues podia y debia haberla sentido ántes de ahora. Además, añadió viendo el mal efecto que producian en mí sus palabras, no somos nosotros los que la hemos conducido á la tumba. Su salud era débil, y tarde ó temprano debia suceder lo que sucede ahora. Por mi parte, no creo en las pasiones que matan, y sólo por moda se ha dado en llamar á la tisis, que es una enfermedad como otra cualquiera, enfermedad del corazon.

—¿Calle V., exclamé fuera de mí. Ese cinismo brutal, me hace daño. ¡Oh! no es V. digno de que Irene le amase con tanto extremo. ¡Pobres mujeres, no sabemos escoger! ¡Dios mio! ¡cuánto le desprecio á V. en este momento!

—¿Magdalena! ¿ese lenguaje! balbuceó pálido de ira.

—Es el de la verdad, grité mirándole frente á frente. ¡Ah! ¡creyó V. que le amaba! ¡bah! Qué necedad!

¿Se figura V. que, ni por un momento, ha hecho palpar de amor mi corazon? ¿Y V. me ha amado nunca? ¡Mentira! Sólo le ligaban á mí los lazos de la vanidad y el interés. Soy bella y rica; hé ahí todo.

Ni V. me quiere, ni yo le quiero: lo que ha sido usted para mí es el cómplice de una infamia, de una vileza contra una infeliz mujer. No tiene V. hácia mí más derechos que los de la complicidad. ¡Oh! ¡cuánto le detesto á V., porque por su causa me desprecio á mí misma: sin su villana complicidad, no tendria que reprenderme una mala accion.

—¿Y es V. la que me echa en cara que haya abandonado á Irene? interrumpió Eguilaz con asombro y cólera á la vez ¡V. que fué la más criminal! ¡V. que debia disculparme!

—¿Yo disculparle á V!... nunca! nunca! porque no es V. digno de perdon. Irene le amaba á V. con delirio, le habia escogido entre todos, le habia preferido á otros muchos que habian solicitado su mano, y cuya posicion era mejor. Su familia le rodeaba á V. de atenciones, le colmaba de mercedes; V. faltó al amor, á la gratitud, á la

honradez, por vanidad y por codicia. A estos móviles tan bajos, sacrificó V. cuanto hay de más sagrado en el mundo. ¡Y no quiere V. que le odie! ¡No quiere V. que le desprecie! A mí no me ligaba ningún lazo á esa familia, cuando en mal hora cedí á un movimiento de enojo y de venganza.

—¡Magdalena! gritó Romualdo con desesperación, ¿qué quiere V. de mí? ¿Por qué me insulta V. de este modo? ¿Por qué se complace en destrozar mi corazón? ¿Será posible que V. no me ame? ¿Será posible que todo haya sido un juego? Y en este caso, ¿no debo yo también pedirle estrecha cuenta de esta risible comedia, que me cubre de ridículo al par que destruye mi porvenir y me roba mis más halagüeñas ilusiones?

—Podiera contestarle á V., respondí con calma, que le he impuesto la pena del Talion, que soy la encargada de la Providencia para vengar á esa pobre mártir que se llama Irene. Sin embargo, reconozco que soy á mi vez muy culpable, y hoy mismo, postrada á los pies del lecho de esa infeliz, le pediré mi perdón con lágrimas de sangre. Lo que quiero de V. es, que dando ya por roto el lazo criminal que nos unía, imite mi conducta y vaya á arrodillarse junto al lecho de Irene. ¡Quién sabe si al verle á V., si al ver su arrepentimiento y oír sus palabras de ternura, recobrará la salud!

—Jamás me atreveré á verla, dijo Eguilaz dolorosamente conmovido. ¡Oh! ¡cuán cara pago mi volubilidad! V. nunca me amó, lo conozco, ¡no era posible! porque sus ojos me miraban con desprecio.

No tengo la menor disculpa, y preso V. me abandona.

—Eguilaz, exclamé con gravedad, V. y yo somos dos seres despreciables. V. por haber atormentado á esa desgraciada mujer, que sólo de su amor vivía, y yo por haber tomado una terrible venganza de una leve ofensa de amor propio. Adios, Romualdo, sepámonos para siempre.

En aquel momento me interrumpió la campanilla anunciadora de que su Divina Majestad iba á visitar algun enfermo. Eguilaz y yo nos miramos estremeciéndonos, y por un movimiento maquinal caímos de rodillas junto al balcón.

El Rey de cielos y tierra iba con la mayor pompa. Muchas velas de cera le alumbraban, y era lucido su acompañamiento. Por último, el sacerdote que lo llevaba iba en un coche blasonado. Romualdo al verle dió un grito y se lanzó á la calle como un loco.

Yo, helada de terror, fijé con afán mi vista en el coche. Todo lo comprendí; ¡el carruaje tenía el blason de los Valdelirios! ¡Su Divina Majestad era para Irene!

Un velo cegó mis ojos, y caí desmayada en el balcón.

(Se continuará.)

REVISTA DE MADRID.

Hémos ya á fines de Setiembre, queridas y amables lectoras. El mes de Setiembre, con sus tardes frescas, su cielo azul y transparente y sus brisas perfumadas por los últimos frutos, es el lazo de grana y oro que une al ardiente Estío con el melancólico Otoño, formando sus treinta días un cuadro sinóptico de recuerdos y esperanzas. En Setiembre vuelven los amigos que en Junio y Julio nos dejaron para visitar las playas del Océano, en busca de placeres unos, en busca de salud otros. Su vuelta supone un sinnúmero de preguntas de una y otra parte, y esto constituye los recuerdos del Verano y de la Primavera.

Los recuerdos y las esperanzas llenan en estos momentos el vacío que aún se siente por falta de círculos de reunión.

Los autores esperan que sus obras gusten, y obtener como inmediato resultado honra y provecho. Los actores tienen, como es natural, idénticas aspiraciones, y esperan ser aplaudidos, obsequiados, y que su nombre sea en adelante una garantía para ventajosas contratas. Las niñas esperan ver en los teatros y reuniones al galante pollo ó al atrevido gallo que las ha hecho la corte en la temporada de baños, y cuyas entrevistas se han aplazado para el próximo invierno en Madrid: la mamá espera un novio para la niña: el banquero el movimiento de los capitales: el político la apertura de las Cámaras, y todos en general esperamos divertirnos más que en los años anteriores, por la sencilla razón de que aquellos ya pasaron.

Setiembre es la varita mágica que abre las rosadas puertas del placer bajo sus más encantadoras formas. Los teatros han comenzado sus tareas: el comercio en general ha hecho restaurar el decorado de sus localidades: en los cafés se ha renovado el mobiliario: la aristocracia se apresura á poner los salones de sus palacios en estado de recibimiento, reuniendo en ellos esas mil bagatelas que son las más bellas y distinguidas manifestaciones del lujo; y todo,

en fin, recobra la animación y movimiento que los calores del estío habían robado á la corte.

Casi todos los coliseos, grandes y pequeños, de primero, segundo y tercer orden, nos han proporcionado ya algunos ratos agradables. Lo fresco de las noches puso fin á los conciertos del Buen-Retiro; mas por un espectáculo que terminó, diez ó doce han comenzado, y todos con grandes ánimos de complacer al público.

El aristocrático teatro de Jovellanos abrió sus puertas en la noche del 12, estrenándose para la inauguración de la temporada una zarzuela histórica, original de los Sres. Retes y Echavarría, con música del maestro Arrieta, titulada *Un motin contra Esquilache*. Excusado nos parece decir que hubo un lleno completo. Lo más escogido de la buena sociedad madrileña ocupaba todas las localidades; y lleno hubiera estado lo mismo si el teatro fuera tres veces mayor; mas la obra estrenada no respondió, ni á los deseos del público, ni al buen nombre de los autores. El libreto, que es algo mejor que la música, tiene bonitos versos, pero carece por completo de interés dramático, siendo además falsos algunos de sus caracteres. En fin, hubiera sido de desear que la obra inaugural del más lindo de nuestros teatros de invierno reuniera mejores condiciones; pero nada se habrá perdido si las que sigan nos resarcen de este pequeño disgusto. La dirección de escena, á cuyo frente se encuentra el Sr. Larra, dejó bastante que desear en punto á propiedad histórica.

Esperamos que las observaciones amistosas de la prensa no serán desoídas. La compañía parece bastante aceptable.

Dos noches después que en Jovellanos, comenzaron las funciones en el Español, poniéndose en escena para su apertura la comedia del teatro antiguo *Cumplir con su obligación*, original del Doctor Perez de Montalban, contemporáneo y émulo del inolvidable Calderon de la Barca, del fecundo Lope de Vega, y del gracioso cuanto intencionado Tirso de Molina. El éxito fué bueno y el desempeño esmerado. La función terminó con el sainete de D. Ramon de la Cruz *La casa de Tócame Roque*, que fué bien interpretado por todos los artistas que en él tomaron parte; indudablemente, en el antiguo *Corral de la Pacheca* se pasarán ratos muy agradables en el próximo invierno.

«El rey ha muerto ¡viva el rey!» Arderius se hizo serio; pero los bufos han renacido de sus cenizas. El antiguo circo de Paul, que tantos nombres ha tenido, que su enumeración ocuparía por lo menos la tercera parte de esta Revista, ha vuelto á recobrar el primitivo; y en su nada bonito local, están probando fortuna los resucitados bufos, y por cierto que debieron entrar con el pié derecho, porque su aparición ha gustado mucho. No hemos visto en dicho teatro más que la primera obra, titulada *Mambrú*, y tanto del libreto como de la música salió el público muy complacido.

Los teatros de tercer orden: Variedades, Martin y Salon-Eslava, abrieron sus puertas con obras ya conocidas, y nada tenemos que decir, sino que llenarán su cometido.

El Sr. Catalina al frente del Circo, y contando en su compañía á la perla del arte dramático, Matilde Díez, y al favorito del público madrileño Mariano Fernandez, poniendo en escenas comedias tan agradables como *La feria de las mujeres* y *La mujer compuesta*, y dramas como *Nobleza obliga*; siendo además su director tan inteligente y espléndido, seguirá mereciendo bien del arte y reuniendo en su teatro lo más escogido de la sociedad de la corte.

La existencia de los coliseos de verano, será ya muy corta. El cielo encapotado y las noches frescas no son condiciones á propósito para llevar concurrencia á los Circos Ecuestre y de Madrid, por lo que muy pronto aquellos espectáculos pasarán á mejor vida.

Creemos haber reseñado, aunque ligeramente, todo lo concerniente á espectáculos y diversiones públicas. Para dar comienzo á las privadas aún faltan algunos días, y por el momento los paseos vespertinos y los teatros son el recurso de los afortunados habitantes de esta coronada villa, que parece no han traído á este valle de lágrimas otra misión que la de gozar.

De propósito hemos dejado para los últimos párrafos el decir cuatro palabras sobre las populares ferias de Madrid, cuadro histórico de costumbres, cuyas brillantes tintas y atrevidos toques va borrando poco á poco lo que hemos convenido en llamar adelanto y civilización.

Desde que las ferias fueron relegadas al lejano paseo de Atocha, perdieron, no diremos su importancia comercial, pues no creemos que nunca la hayan tenido, sino una gran parte de su carácter popular, y mucho de la vida y animación que las caracterizaba. Sin embargo, aún se ve en algunas de las hermosas tardes con que nos obsequia el otoño, una animada concurrencia que recorre el

paseo, y va de puesto en puesto y de prendería en prendería, ajustando, regateando, burlándose de un retrato de señora que tiene bigotes pintados de carbon, de un libro sin forro, de una espada sin vaina, de una escopeta sin llave, de un reloj sin esfera, de marcos que no tienen cuadro y cuadros que no tienen marco, de estatuas sin cabeza, jarrones á los que faltan las asas, y toda esa colección, en fin, de cosas sin forma ni color, rotas, mutiladas, inválidas hasta la inutilidad. Todos se sonríen y preguntan quién comprará aquello y por qué se vende; y muchos, más filósofos ó más soñadores, creen ver en algunos de aquellos restos de cosas que fueron y que tuvieron forma y color, historias sombrías y dramas en los que nada falta: ni lágrimas ni sangre.

La parte alegre, la parte poética, porque también este abigarrado lienzo tiene su poesía, la componen los niños y las jóvenes madres que se apresuran á satisfacer los inocentes deseos de sus pequeñuelos. Las trompetas de plomo, los caballitos de cartón, las casitas de madera, los microscópicos utensilios de cocina, que hacen la dicha completa de una porción de mujercitas en miniatura que representan la sociedad que ha de remplazarnos; todo esto tiene un encanto indefinible y presta á las agonizantes ferias de Madrid una animación que prolongará la existencia de una costumbre que muchos creen que no tiene razón de ser. Muchas de nuestras bellas y elegantes damas no se desdeñan de pasear sus espléndidos trajes de raso y blondas por el arenoso paseo de Atocha, para echar una mirada sobre este cuadro de costumbres que inmortalizaron, Velázquez con los pinceles y con su pluma *El Curioso Parlante*.

Como hace ya algunos meses que no nos comunicamos con las amables suscriptoras á EL CORREO, quizá hayan olvidado que siempre terminábamos nuestras revistas reseñando el movimiento literario de la quincena que transcurria de una á otra. Como de hoy más esperamos que no se vea interrumpida esta agradable tarea, cuidaremos tenerlas al corriente de este interesante asunto, pues los buenos libros son los mejores amigos en todas las edades de la vida. Por el momento, aun cuando hemos visto muchos, no recordamos todos sus títulos, ni mucho menos sus condiciones; sólo sí, que en la casa editorial de Medina y Navarro se han puesto á la venta dos ó tres de esas obrillas de instrucción y recreo, cuya lectura es siempre agradable sin tener nada de pernicioso. Los *Cuentos de salón*, de don Teodoro Guerrero, continúan mereciendo buena acogida: también hemos oído elogiar la última interesante novela que, bajo el título de *El naufragio de la Medusa*, acaba de dar á luz el Sr. Ortega y Frias, libro que, según la opinión de personas competentes, reúne á su argumento sumamente dramático, nociones de la más sana moral. ¡Nunca nos cansaremos de repetir que la elección de buenos libros para colocarlos en manos de la juventud, debe ser objeto de sumo cuidado para las madres, porque en esa feliz edad en que el corazón es como blanda cera, dispuesta á recibir todas las formas, las lecturas que exaltando la imaginación la predisponen para una exagerada sensibilidad, pueden ser tan nocivas como aquellas que por su aridez den el resultado contrario: la lectura no debe alterar la calma del espíritu, sino instruir deleitando.

SOFÍA TARTILAN.

Explicación del Figurin 1044.

FIG. 1.^a—*Traje de visitas*.—Vestido de cachemir ó alpaca blanco. Un ancho volante, festoneado de azul por ambos lados, adorna la falda primera, y la segunda termina con un feston igual. Manteleta-esclavina de seda azul, recta por delante. Por atrás dos puntas graciosamente cruzadas, van sujetas en la cintura con tres pliegues. Dos órdenes de ondas y un fleco rizado constituyen su adorno.

Sombrero postillon, de paja blanca, con pluma azul.

FIG. 2.^a—*Traje de paseo*.—La primera falda de este lindo vestido Pompadour lleva dos volantes, teniendo el segundo 5 cént. menos de ancho que el primero, terminados ambos por arriba con un bullonado de seda de color que haga juego. Igual adorno lleva la túnica, abierta en los costados hasta las caderas, y que mientras por delante forma delantal liso, por atrás forma pouf, abierto también en el centro. Mangas ajustadas, abiertas hasta el codo, que dejan ver un bullonado de tul blanco sujeto con lazos rosa. Fichú en forma de tirantes, de crespon rosa, y cinturón ancho rosa, con lazos y caídas al costado. Gorguera y corbata de tul. Para que luzca este precioso vestido, se necesita un corsé de los que confecciona tan admirablemente Mad. Gardier, Plaza de Celenque, núm. 1, y que los graciosos añadidos que constituyen el peinado, sean del establecimiento de peluquería *La Catalana*, Plaza de Topete.



Tenemos sumo gusto en participar á nuestras suscriptoras que la Academia de música para señoritas, titulada la *Juventud*, dirigida por la profesora Srta. D.^a Amalia de Repullés, tiene abierta la matrícula desde el 15 al 30 del presente mes, Travesía de las Pozas, núm. 4, principal, izquierda, donde las interesadas pueden adquirir más pormenores. No ignoran nuestras lectoras los buenos resultados de esta Academia y sus brillantes exámenes, por lo que omitimos toda recomendación.

CORRESPONDENCIA.

Una amable suscritora.—Hé aquí cómo estaba amueblado el despacho ó gabinete de estudio de un elevado personaje de la corte, notable por su elegancia y su buen gusto. En el centro la mesa escritorio, de ébano, con encima una escribanía de mármol negro, y demás objetos de bronce ó mármol. En el testero de la estancia dos bibliotecas con cristales, que dejaban ver la encuadernación rica de los libros, y entre ambas un busto de mármol sobre un elevado zócalo, cuyo busto representaba á un personaje célebre, de la misma profesion que ejercía el dueño del despacho. Cuatro bustos iguales adornaban los cuatro ángulos, mientras las paredes ostentaban cuadros de un género serio y algunos mapas. Cubría el suelo una alfombra de moqueta cereza, y las sillas, el sofá y las butacas eran de ébano y terciopelo cereza. En la chimenea no se veía ningún objeto de cristal ni porcelana, y sólo se ostentaban en ella dos candelabros de bronce, y en medio de ambos un reloj. Los cristales de las ventanas estaban deslustrados, con una cifra de color en el centro, que son los más de moda.

Como puede V. imaginarse, no todos se hallan en el caso de rodearse de tanto lujo; pero el gusto debe ser el mismo. Por ejemplo: el ébano se sustituye con madera pintada de negro, el terciopelo con el reps de lana, y la alfombra de moqueta con otra de lana del género turco. Lo que es indispensable es que todo sea serio y de un mismo gusto, armonizando perfectamente entre sí, desde el prensapapeles hasta los cuadros. Otro día la hablaré á V. del modo de amueblar las demás piezas de la casa.

E. M.—*Valencia.*—¿Cómo podré demostrar á V. mi gratitud por su amable carta? La composición que ha tenido la bondad de remitirme es muy linda, y la ruego que dé las gracias en mi nombre á su autor, asegurándole que aparecerá muy en breve en el periódico.

Una jovencita.—*Madrid.*—Nada hay en efecto como la amistad verdadera para ofrecer un dulce lenitivo á los pesares de la vida. Yo la ofrezco á V. la mía: puede V. dirigirse á mí con toda confianza, segura de que si no acierto aliviarlos, compartiré con V. sus amargos sinsabores.

M. la R. de C.—*Celanova.*—Procuraré informarme de lo que V. desea saber.

La Siempreviva.—La conciencia no debe dar cuenta más que al tribunal de Dios. Se penetra en ella por medio de la persuasión, pero no por medio de la fuerza. Es una flor que se abre á los rayos del sol, y que se cierra á los vientos tempestuosos; lejos de querer dominar, procure V. atraer y sojuzgar por medio de la razón y el sentimiento.

Una joven económica.—Supuesto que desea V. también

saber cómo se lavan las plumas, proceda V. de la manera siguiente: Tome V. cuatro cuartillos de agua llovida, raspe en ellos 66 gramos de jabón blanco, y ponga V. esta mezcla al fuego, retirándola así que el jabón esté completamente desleído.

Las plumas, que ántes se habrán humedecido con agua clara, se extienden sobre una mesa y se frotan ligeramente con una esponja empapada en el jabón. Se enjuagan luego dos ó tres veces con agua clara, se espresan bien entre dos lienzos, se sacuden y se van separando las hebrillas. Por último, se ponen carbones encendidos sobre una plancha de metal, y se sostienen las plumas á cierta distancia, para que se sequen por completo, y al mismo tiempo se ricen. Si las plumas son blancas, se echan en las brasas polvos de azufre, pues el humo las devuelve su blancura.

L. N.—*Badaíoz.*—Es muy fácil hacer el agua de lavanda,



CONSECUENCIAS DE LAS FERIAS.

tan útil para el tocador de una señora. Se toman 500 gramos de flor de lavanda recién cogida; se ponen en infusión por espacio de tres días en un litro de aguardiente, y luego se le añaden 33 gramos de esencia de rosas, jazmín ó bergamota.

Una madre desolada.—Cuando esas espantosas catástrofes vienen á sobrecoger el alma, sólo hay un consuelo: la religión. Como el naufrago perdido en los revueltos mares levanta los ojos al cielo, levante V. el corazón al Señor, árbitro de los bienes, que nos los dá y nos los quita según conviene á nuestros propios intereses. Procure V. que á la desesperación suceda la conformidad: no busque V. á su hijo en la helada sepultura; búsquelo V. en el cielo, en donde la está aguardando.

Soluciones á las charadas insertas en el número 33 de EL CORREO, por la señorita D.^a Josefa Gomez Jover, de Almería; D.^a Asuncion Crespo Micó, de Valladolid; doña Rosa Galindo, de Barcelona; D.^a Eustasia Santisteban, de Ciudad-Real; D.^a Margarita Lirón, de Puerto-Cabello; D.^a Rita Quirós, de Santa Cruz de Tenerife; D.^a Leocadia Santin, de Bilbao; D.^a Amada Sanchez, y D.^a Cruz Loeches; y los Sres. D. Veremundo Soler, D. José de

Izco y Bornás, D. Pedro Gonzalez, D. Segundo Cantillana, el discreto *Sócrates*, cuya solución á la charada anterior no hemos recibido, y las dos siguientes en ingeniosos versos:

Tiene doña Agapita cierta gata
Que es mejor que el topacio y que la agata:
Es blanca y negra, quiero decir, *pía*,
Y por esto la quiere con manía.
Sobre una *tapia* se clavó una *pita*
Y le dió un patatús á la *Agapita*;
Lo que prueba que queda descifrada
Tu trabajosa é infernal charada.

FRANCISCO DE A. CASTRO.

Dos bonitas charadas
trae EL CORREO,
firmadas por un nombre
que mucho quiero;
lo cual me obliga
su solución á daros
en seguidillas.

Y aunque jamás he sido
ni soy poeta,
como os doy un *bisecocho*
en la primera,
estoy seguro,
que habeis de perdonarme
con mucho gusto.

No hay dulce en la segunda,
para vosotros,
ni para el que estos versos
escribe en tonto;
pero es muy linda,
y está diciendo claro
que es *Agapita*.

JOAQUIN GUERRERO DEL VALLE.
Navalcarnero.

CHARADAS.

I.

Sabe, mi caro lector,
que la *tercia* repetida
se nos cae cuando niños;
y anteponiendo mi *prima*
á *tercera*, un ducado
se descubre y una línea,
que al cuerpo humano divide
en dos partes igualisimas.

Tercia y *segunda* es un Dios
que á muchos hombres domina;
á los chiquillos pavor
mi *dos* y *segunda* inspira,
y dentro de *mí* descansas
del trabajo y las fatigas.

JOAQUIN MONER Y CARBONELL.
Figueras, Agosto 1872.

II.

La primera es un sonido,
La segunda un animal,
La tercera nada dice;
Pues entonces, ¿que será?
Uní, para averiguarlo,
En coyunda marital,
La segunda y la tercera,
Y de esta union natural
Salió á luz para lucirlo,
¡Vaya un parto singular!
Un chisme, que sin ser chisme,
Es un chisme original,
Cuya forma es hoy la misma
Que tenía siglos há.

Para completar el todo
Dí á la prima su lugar,
Quedando así definido
Con perfecta claridad,
El ente que me he propuesto
De este modo denunciar,
Que anda ejerciendo su oficio,
Desde tiempo inmemorial,
En esta villa del oso
Donde nunca faltarán.

JERÓNIMO COUDEP.

Las Sras. Suscriptoras á ambas Ediciones, recibirán con este número el figurín iluminado
Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1872.—Tipografía de GARCÍA Estrada, Hiedro, 7.